

Estos empezaron á desfilar. Al breve rato la taberna quedó vacía. Bartek al lado de su esposa, y ésta inmóvil inclinada la cabeza y desnudo el cuello.

—¿Por qué extiendes tu cuello desnudo? dijo Bartek... ¡A casa!...

—¡Mátame! ¡corta mi cabeza!

—¡No, no quiero cortarla! y metióse las manos en los bolsillos.

Deseando acabar esta escena, el tabernero apagó la última luz, y en la triste obscuridad oíase la voz de Magda repetir entre gemidos:

—¡Corta mi cabeza!

Y Bartek que orgulloso contestaba:

—¡No, no quiero cortarla!

Vagamente iluminados por la pálida luz de la luna viéronse dos sombras, dos personas salir de la taberna. La primera era Magda, que lloraba y se lamentaba en alta voz. Tras ella silencioso, humilde y tambaleándose el vencedor de Gravelotte y de Sedán.



CAPÍTULO SÉPTIMO

La debilidad enseñoreóse de Bartek hasta el punto de impedirle trabajar, lo cual era grave contratiempo, pues la hacienda necesitaba la mano robusta de un hombre. Magda trabajaba de la mañana á la noche. Sus vecinos pobres la ayudaban en la medida de los escasos recursos con que contaban. La ruina amenazaba á aquel mísero hogar. Magda pidió á préstamo dinero á Justo, alemán que habiendo llegado á Polonia al parecer sin un céntimo, enriquecióse prestando dinero á

intereses usurarios. A los seis meses Magda le debía algunas docenas de thalers, gastados en el cultivo del campo y en el envío de cortas cantidades á Bartek. Sin embargo, la deuda la preocupaba poco, pues si la miés daba tan abundante cosecha como anunciaba su lozano florecer, el satisfacerla había de serle fácil. Pero faltaban brazos robustos que cuidaran la tierra. Desgraciadamente Bartek no podía trabajar. Cogía la azada, y luego sin fuerzas doblaba su cuerpo, sufriendo atrocemente de los riñones.

De la mañana á la noche fumando en pipa de porcelana, permanecía sentado junto á la puerta, donde había clavado el retrato de Bismark, vestido de blanco uniforme y cubierta la cabeza con el casco de los carceros. Miraba siempre, los ojos muy abiertos y al parecer cansados. Quizás recordaba días de gloria y escenas de guerra; ó los padecimientos de su mujer; ó, y esto debía ser lo más frecuente, no recordaba nada ni pensaba en nadie.

Un día, estando sentado como de costumbre, oyó la voz de Franck que regresaba de la escuela gritando y llorando. Bartek separó la pipa de los labios.

—Franck, ¿qué tienes?

—Es que... que...

—¿Por qué lloras?

—Lloro porque me han pegado.

—¿Quién te ha pegado?

—¿Quién? El Sr. Boege.

Boege era el maestro de la escuela de Poguembin.

—¿Qué derecho tiene á pegarte?

—Alguno tendrá cuando lo hizo.

Magda que trabajaba en la huerta entró.

—¿Qué te pasa? preguntó al niño.

—¡Nada! Me llamó polaco cochino, y me ha abofeteado. Ha dicho que los alemanes, vencedores de los franceses, aplastarán nuestra raza, porque son omnipotentes. ¡Y yo he callado! Luego me preguntó quién era el hombre más grande del mundo; contesté que Su Santidad el Papa... y me ha abofeteado. Grité, lloré, me llamó polaco cochino... y me dijo... me dijo...

El niño iba á repetir la misma historia, pero Magda le tapó la boca con la mano y dijo á Bartek:

—¡Oyes! ¡oyes! Tú que venciste á los franceses, dejas que un alemán pegue á tu hijo cual si fuese un perro abandonado. ¡Este es el fruto de la guerra! luchaste y venciste para que luego un alemán pegue á tu hijo. ¡Hermosa recompensa!

Magda, conmovida por los recuerdos é ideas tristes que en su mente se agolpaban, lloró estrechando entre sus brazos á Franck, que seguía llorando.

Bartek, abierta la boca é inmóviles los

ojos, parecía la imagen de la estupidez. Callaba sin acertar á comprender cuanto veía y oía.

¿Qué significaban las lágrimas de su hijo y de su esposa? ¿Acaso no recordaban sus gloriosas hazañas? Pareció reconcentrarse un instante y meditar. Un rayo de inteligencia animó su rostro que enrojeció la sangre, y levantándose echó á andar diciendo:

—¡Voy á explicarle quién soy!

La escuela estaba detrás de la iglesia, muy cerca de la casa de Bartek.

Oscar Boege se hallaba á la puerta de su casa rodeado de algunos cochinitos, á los que echaba mendrugos de pan. Contaría unos cincuenta años de edad, era alto y robusto. Sus grandes ojos revelaban energía y decisión.

Bartek se le acercó hasta tocarle.

—¡Vas! ¿Por qué, muñeco alemán, has pegado á mi hijo? le preguntó.

Oscar Boege retrocedió unos pasos, y mirando á Bartek de piés á cabeza, calmoso, tranquilo, con insultante flema, le dijo:

—¡A otra parte con esa música!

—¿Por qué has pegado á mi hijo? repitió Bartek.

—¡Y á ti también te pegaré, polaco cochino! ¡Vete al diablo! ¡Vete á gruñir en el corral de tu casa, y á mí déjame en paz!

Bartek cogió al maestro por los hombros, y sacudiéndole con fuerza gritó:

—¿Acaso ignoras quién soy? ¿Ignoras que vencí á los franceses y que hablé con Steinmetz? ¿Por qué pegaste á mi hijo, muñeco prusiano?

Los ojos de Oscar Boege parecía iban á saltar de las órbitas. Era valiente y fornido, deseando escaparse de las manos de Bartek, reunió sus fuerzas y asestó tremendo puñetazo á la cabeza del vencedor de Gravelotte y de Sedán. En otro tiempo el golpe no hubiera causado á Bartek el menor efecto, pero las heridas habían debilitado aquella naturaleza de hierro. Sin embargo, no se desanimó.

El hijo de Oscar Boege, joven de veinte años, que corriendo acudió en socorro de su padre, fué echado por tierra y no tuvo ánimo de levantarse. El padre, asustado por la brusca acometida de Bartek, cerró los ojos, sintió que le levantaban del suelo y que le hacían dar dos ó tres vueltas en el aire, cual si no supieran qué hacerse de su cuerpo indefenso. Desgraciadamente para Boege, distante pocos pasos había un gran barreño lleno de agua para los cerdos. Bartek lo vió, y en él echó al maestro cabeza abajo. Del barreño salían las piernas, que azotaban el aire cual pidiendo auxilio. La mujer acudió corriendo y gritando:

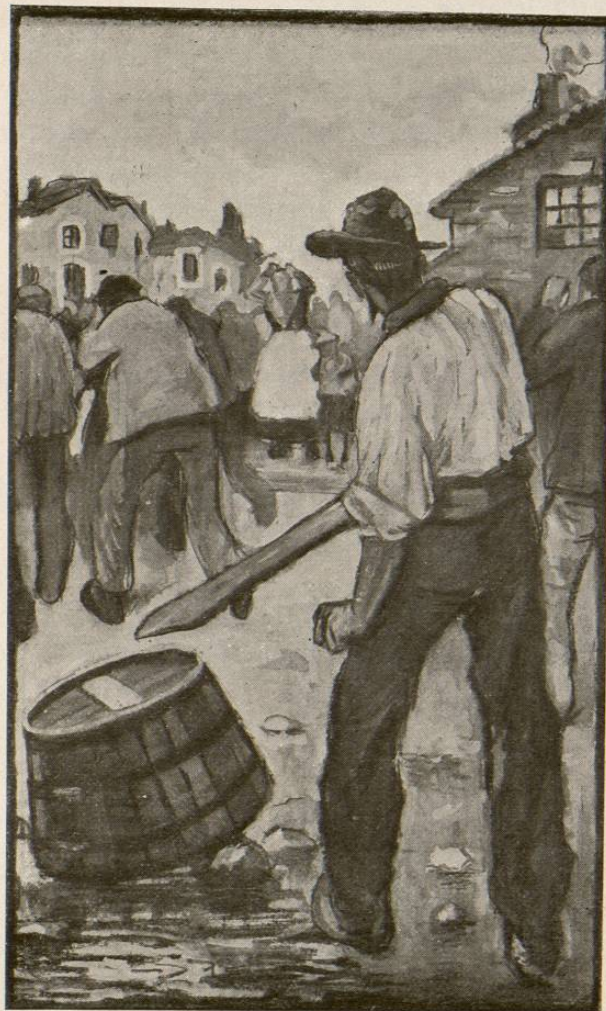
—¡Socorro! ¡Socorro!

Volcó el barreño y el contenido rodó por

el suelo. Acudieron los vecinos alemanes y cayeron sobre Bartek. Trabóse una verdadera batalla: Bartek desaparecía entre los enemigos que le rodeaban. Su fuerza prodigiosa le permitió romper el círculo, y huir corriendo hacia la estacada que rodea la escuela. Los alemanes le persiguen. Entonces arrancando una de las más descomunales estacas, vuelve sobre sus pasos y hace frente á sus enemigos. De su boca salía hirviente espuma, y sus ojos brillaban henchidos de cólera. Sus puños de hierro blandían con tal fuerza la estaca, que era muy peligroso esperarle y resistir. Temerosos los alemanes, huyeron perseguidos de cerca por Bartek. Quiso la buena suerte de aquéllos que ni uno solo cayera en manos del enfurecido polaco.

Venciendo la terrible agitación que le dominaba, dirigióse hacia su casa. Si hubiera ahuyentado á los franceses, la historia de Alemania cuidara de inmortalizar su hazaña.

Doce de sus enemigos se reunieron y juntos reanudaron el ataque contra Bartek. Este se dirigía á su casa, pero prevenido, en guardia cual fiera que teme el ataque de los perros. Al ver acercarse á los alemanes se detuvo, y volviéndose hacia ellos los esperó á pie firme: los alemanes retrocedieron. El bastón que manejaba Bartek les infundía



Sus puños de hierro blandían con tal fuerza la estaca, que era muy peligroso esperarle y resistir

saludable respeto. Desde lejos le apedrearon. Una le alcanzó la frente: la sangre fluyó abundante, obligándole á cerrar los ojos. Sintiendo que perdía el conocimiento, quiso afianzar sus piés que se helaban, y dando una vuelta cayó al suelo.

—¡Victoria! gritaron los alemanes.

Pero antes que pudieran celebrarla Bartek levantóse y corrió contra ellos. El lobo herido es á veces muy temible. Además, del pueblo se dirigían al teatro de la lucha, corriendo á todo correr, numerosos campesinos polacos. Los alemanes huyeron y se escondieron en sus casas.

—¿Qué ha sucedido? preguntaron los campesinos.

—¡Instruía á los alemanes! contestó Bartek cayendo desvanecido en brazos de los que llegaban.





CAPÍTULO OCTAVO

EL suceso tuvo cierta resonancia. Los diarios alemanes pusieron el grito al cielo contra la barbarie de los polacos, «*pueblo salvaje cuyos instintos sólo guía el fanatismo religioso.*» A Oscar Boege lo presentaron como heroica víctima: «Dulce y simpático misionero, cuyo único anhelo es difundir la instrucción en el miserable villorrio casi desconocido, ha sido víctima del odio de aquellos campesinos. Es indudable que los alemanes sin distinción de partidos, estarán resueltos á defenderle,